

LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS DESCRITOS POR SUS (IM)PARES

Martín Hopenhayn

La dispersión postmoderna ha alcanzado a los intelectuales latinoamericanos y afecta sus modos de inserción en la sociedad y el Estado. El intelectual prototípico de antaño, que desde las universidades y centros de investigación escudriñaba el movimiento de la historia para dictaminar sus grandes orientaciones hacia el futuro, ahora se disgrega en una multiplicidad de roles y funciones que no es posible subsumir en un denominador común. El vínculo entre el trabajo del intelectual y el cambio societal se difumina, y los intelectuales quedan divididos entre quienes perseveran en la academia, quienes se incorporan a los medios de comunicación, quienes asesoran empresas o quienes ocupan altos cargos de gobierno. Entre unos y otros se miran con desconfianza, se ironizan y descalifican. Crece la división entre ellos en medio de una coexistencia, sin convivencia, de sensibilidades y lógicas múltiples. El presente artículo intenta captar esta diversidad tensionada por las descalificaciones recíprocas, mediante el artilugio retórico de ponerlos en contacto en una conversación imaginaria.

MARTÍN HOPENHAYN. Realizó estudios de filosofía en Buenos Aires y Santiago de Chile y, posteriormente, en París. Autor de numerosos artículos y ensayos y de los libros *¿Por qué Kafka?* (Editorial Paidós, 1983) y *Ni Apocalípticos ni Integrados: Aventuras de la Modernidad en América Latina* (Fondo de Cultura Económica, 1994) y *Después del Nihilismo (de Nietzsche a Foucault)* (Ed. Andrés Bello, 1997). Investigador de ILPES y CEPAL.

Un intelectual postmoderno describe a un intelectual crítico

“**P**or qué insiste en ser el aguafiestas de la historia? Basta ya de melancolía: en esta modernidad sin muros y abierta a la aventura, no puede seguir creyendo que la tarea del intelectual es desenmascarar los artificios del poder y las maldades de la alienación. La locomotora de la historia lo relega al último vagón, y él sigue pensando que puede cambiar la dirección de los rieles para hacer girar el tren en 180 grados. ¿Hasta cuándo? Se quedó pegado en el sueño en que él hacía parte de una vanguardia capaz de trizar el poder y recomponerlo según sus obsesiones decimonónicas de socialismo libertario o humanismo compasivo. Cree interpretar a Marx poniendo sus saberes al servicio de la transformación del mundo, pero no se da cuenta que el mundo se transformó pese a él, y que lo que cabe ahora es partir de este cambio, embarcarse en las nuevas rutas de la libertad, que incluyen la libertad económica pero que también desafían a una mayor secularización de valores. Insiste en la queja, en la denuncia de los abusos de una globalización a la que atribuye el signo del demonio. ¿Pero no se da cuenta que la globalización es el único camino para bailar en la fiesta de las culturas híbridas, jugar el juego de los mensajes que se cruzan por todos lados, deslocalizar la propia identidad y liberarnos, precisamente, del peso de la historia?”

Un intelectual crítico describe a un intelectual en el gobierno

“¿A eso le llama ‘praxis transformadora’? Quien lo viera en la lucha contra la dictadura y el neoliberalismo, ahora defendiendo este último con eufemismos como la ‘entrada a la modernidad’ y la ‘visión de futuro’. Le queda de su propia historia cierta informalidad: sus ternos son de colores y sus corbatas un poco osadas. Tiene un asesor de imagen para verse a la vez suelto y confiable. Entre amigos dice lo que piensa y ante el micrófono lo que resulta políticamente conveniente. Lo más radical que lee es a los liberales democráticos y neocontractualistas, que ya los leía hace una década cuando preparaba su desembarco de la ONG al puesto de gobierno. Su rebeldía le duró hasta que descubrió que tener un puesto de gobierno le hacía sentir bien, y hasta poderoso. ‘Hay que ser realistas’, me dice cada tanto para desembarazarse de cualquier examen de consistencia. Y aunque no lo diga, entiende ese realismo como acomodo, complacencia

o a lo sumo como opción de introducir cambios mínimos en un orden estructuralmente injusto. De haberse visto como es hoy con sus ojos del pasado, habría dicho que su futuro sería el mejor ejemplo del viejo slogan que celebramos en una película de Scola: hay que hacer que las cosas cambien un poco para que nada cambie demasiado. Ahora lee a Toffler, a Fernando Flores y a Negroponte como si allí encarnara hoy el viejo mito de la emancipación del sujeto. Entre las nuevas formas de gestión, las tecnologías de la información y la iniciativa empresarial, encuentra una nueva utopía y se la cree, o hace como que se la cree.”

Un intelectual del gobierno describe a un intelectual de organizaciones de base

“Sí, no cabe duda que es bienintencionado. Esto de ver en los pequeños actores a los portadores de nuevas racionalidades es loable. Pero sigue pegado en la idea de buscar actores que rediman la historia. ¿De dónde espera que todos estos grupos pequeños de mujeres, campesinos, cooperativistas, ecologistas, indígenas y artistas, puedan llegar a armar una propuesta de gobierno? Al final, su discurso es una mezcla de citas de Agnes Heller, Galeano, Max-Neef, Galtung, un poco de Amartya Sen, pobladas con casos aislados de grupos de base que portan nuevos ideales encarnados en nuevas prácticas. Y de tanto buscar, confunde: confunde la cultura popular con nuevas formas de organización, confunde las estrategias de supervivencia con racionalidades emergentes, confunde la pobreza con el desarrollo alternativo, el club de barrio con la utopía social, las demandas de las mujeres con el fin del patriarcado. Habla de nuevas metodologías de investigación-acción, investigación participativa, técnicas cualitativas, fin del paradigma racional-iluminista. Pero más que metodología, es nueva ideología revestida de una retórica que aboga por el tan mentado nuevo sujeto. Quiere verse como el intelectual comprometido con el cambio en la base social, a medias produciendo conocimientos para enriquecer la experiencia de otros, a medias recogiendo la experiencia para pretender, desde allí, confirmar nuevos conocimientos aplicables a las ciencias sociales en su conjunto. Va de lo particular a lo general y viceversa como quien se cambia de camisa, sin reparar en el mismo hueco que deja entre ambos niveles. ‘Ese hueco, argumenta, es el espacio de la nueva política.’ El problema es que lleva ya dos décadas con esa respuesta vacía y parece no inquietarse en la demora.”

Un sociólogo de la academia describe a un intelectual que está haciendo plata como asesor de imagen corporativa

“¿Hasta dónde puede extenderse el campo de aplicación de las ciencias sociales? El caso que aquí describo ilustra sobre este dudoso matrimonio entre el ámbito de la investigación social y el de la publicidad. Una cosa es hacerse rico escribiendo un libro, otra maquillando la imagen de un candidato o de una empresa. El tema en juego no es, claro está, el del ejercicio de la profesión, sino el de la buena conciencia del intelectual. Podrá argumentar que la sociología ha muerto, lo que pongo en duda. O que los intelectuales deben empaparse en la contingencia, tomar la iniciativa y ubicarse en los nichos del mercado. Pero a mí me huele a pacto mefistofélico. Al final, su trabajo se reduce a cálculo económico y cálculo político. No hay otro fundamento para su práctica que su rentabilidad. Podrá movilizar la batería metodológica que aprendió cuando era investigador social: encuestas, focus group, manejo de la opinión pública. Pero sólo lo hace para competir en un juego que es propio de la publicidad: dar en el clavo no es plantear una hipótesis de discusión ni verificarla, sino tener una idea que venda o una estrategia que triunfe. Despojados de racionalidad sustantiva, modela un discurso ad hoc para hacer pasar su razón instrumental por visión de futuro. Como el negociante calvinista, poco a poco el dinero que genera se le va convirtiendo en la evidencia de su buena práctica. Al extremo que cree, o quiere creer, que su éxito mundano es la nueva vara que consagra un nuevo matrimonio entre la virtud y el saber. Poco le importa a quién promueve, con quién teje alianzas, e incluso contra quién asesora. Y cuanto más remodela sus fastuosas oficinas y cambia el ‘look’ para mejorar su carta de presentación frente al cliente, más crujen en sus tumbas los huesos de Comte, Weber y Durkheim.”

Un intelectual progresista describe a un intelectual integrista

“Qué duda cabe, hemos cambiado de adversario. Avanzamos por la senda de la modernidad y sin embargo tenemos a este intelectual retrógrado, inspirado en los historiadores católicos de los años 30 y en sus postgrados en Navarra, y cree que se puede conciliar la apertura económica con el conservadurismo moral. Quiere hacer de su país un mercado abierto al mundo y a la vez un convento, último bastión de reserva espiritual en un mundo en descomposición. ¿Cómo se las arregla para ser neoliberal en lo económico e integrista en lo cultural? Es él, y lo que representa, uno de

los principales obstáculos al progresismo. Y lo grave no es la torsión en su cabeza, sino su influencia real en los colegios de élite, las universidades católicas, los empresarios que manejan la prensa y los canales de televisión. Es él, y lo que representa, uno de los principales obstáculos al progresismo. Desde su cabeza, tan ilustrada hacia atrás y a la vez tan anclada en principios doctrinarios que no osaría cuestionar, se tejen las estrategias y los contenidos del nuevo pensamiento conservador nacional. Niega la confrontación directa porque sabe que, en última instancia, sus argumentos se fundan en principios que no está dispuesto a convertir en objeto de polémica. Pero a la vez se atribuye la palabra que separa el bien del mal. Por alguna razón que me cuesta entender, ejerce fascinación sobre la clase empresarial y las familias de clase alta. Tal vez porque a la vez que ofrece un claro sentido y una ética para la vida personal, no pone reparos en la concentración del dinero y no juzga las conductas que generen estas ganancias. Así, de manera extraña, es funcional a un sector de la sociedad que quiere referencias fuertes para la vida, y blandas para la economía. Pero por otro lado, los intelectuales progresistas, amantes de la secularización y el pluralismo, no podemos más que ver este intelectual integrista como una manifestación de resistencia a la modernidad cultural, un vestigio del pasado enquistado en el presente. Y no nos queda más remedio que confrontarlo cuando discutimos políticas educacionales, políticas para los medios, políticas de sexualidad y políticas de drogas. Él está convencido de que su rol de intelectual se juega en usar el conocimiento para darles contención a los cuerpos y sosiego a los espíritus. Al más viejo estilo: el libro en la mano izquierda y el rosario en la derecha.”

Un intelectual iluminista describe a un intelectual de la “différence”

“¿Por qué insiste en un lenguaje críptico, poblado de conceptos que él da por dado pero cuyo contenido es tan dudoso? ¿Qué es esto de lo ‘rizomático’, la ‘capilaridad’, el ‘discurso-otro’, la ‘escenificación’ o los saberes ‘contrahegemónicos’? ¿Y por qué tanto encono con la razón, el conocimiento, la integración cultural? Francamente, no lo entiendo. Cita a los crípticos postestructuralistas como si fuesen de sentido común: Deleuze, Lyotard, Derrida. Demoniza las estructuras y los ordenamientos. Exalta la diferencia, pero en esa exaltación los buenos son siempre los otros, los que no están en la política pública, no comparten las opiniones de las mayorías y no comulgan con el consenso político. Todo lo contrario, el

disenso les suena siempre atractivo. Y de tanto abogar por la diferencia, se olvida que ésta muchas veces sirve de pretexto para justificar las desigualdades. Dudo de su sensibilidad social. Rara vez lo veo conmoverse ante la tragedia humana. Más bien se preocupa por leer en ella, como en cualquier cosa, la metáfora que pone al descubierto la clausura oculta del texto de la vida. Se junta con otros parecidos, publican revistas, hacen actos de intervención urbana, ‘ponen en escena’ las ‘estéticas de la resistencia’ y las lógicas que subvierten el canon y la complacencia, teorizan sobre formas ‘revulsivas’ del arte, la cultura y la autorreflexión colectiva. Pero todo esto, que puede sonar muy sugerente, nunca se traduce en una propuesta de construcción colectiva (porque de lo que se trata es de deconstruir). Restringe su interlocución de la tribu de pares porque, según afirma con un rictus de supuesta dignidad, no está dispuesto a dar ‘facilidades’ comunicativas al público autocomplaciente; y termina consagrando circuitos donde lo hermético se confunde con lo elitario. Este confinamiento exagera, como en un círculo vicioso, ese hermetismo.”

Un intelectual de ONG describe a un intelectual de los organismos internacionales

“Qué lástima ver cómo un intelectual lúcido finalmente se apoltrona en los rituales de las conferencias intergubernamentales, sustituye la pasión por la verdad por la construcción de textos verosímiles que suenan bien, son políticamente correctos, pero insípidos al fin. Amarrado, como está, a no herir la susceptibilidad de nadie, se desplaza del pensamiento crítico a una tecnocracia ilustrada. Maneja bien los datos del subdesarrollo social, tiene acceso a la información que producen sus pares en otros organismos internacionales y a los dudosos datos de gobiernos, y con esos insumos no hace más que escribir catálogos de propuestas sensatas que van a parar al cajón de un ministro o a la documentación de conferencias donde las conclusiones y recomendaciones son como la crónica de un corolario anunciado. Ya no escribe artículos sino documentos de trabajo. Lee cada vez menos teoría y cada vez más documentos oficiales. La cautela la disfraza de prudencia, y maquilla la crítica con apelaciones a la sensibilidad y las buenas intenciones. En los hechos, escribe por encargo: se le encargan los temas y en buena medida los enfoques. Su lenguaje se despersonaliza con el correr de los años y la creatividad en las ideas se transmuta en formas nuevas de combinar elementos archidichos. No produce conocimiento, sino que lo organiza en torno a propuestas que pasen sin asperezas por el paladar de sus interlocutores: organismos de gobierno,

otros organismos internacionales y foros donde hay más protocolo que sustancia. Cada vez desiste más de asistir a seminarios de la academia, a la investigación en terreno y al diálogo con las ONG. Una cierta pereza de espíritu se apodera día a día de su ánimo frente al computador de la oficina, y si bien muchas veces puede preguntarse qué sentido tiene estar donde está, sigue allí, bastante cómodo y blando. A veces, para conjurar el precio que ha debido pagar, contrabandea teoría crítica en la documentación que debe entregar a fin de mes, forcejea con el lenguaje de la diplomacia para dejar colar algunas metáforas sueltas que dan algo de brillo a lo que escribe, en fin, se complace por estos pequeños triunfos. Incluso llega a creer que a través de estas travesuras influye en decisiones, sensibiliza a los ministros o subsecretarios con pociones moderadas de retórica contestaria.”

Un intelectual crítico describe a un intelectual mediático

“No quiero parecer grave en mis juicios; pero cada vez que lo veo en televisión me da la impresión que ha privilegiado de tal modo el acto comunicativo por sobre la sustancia, que incluso él mismo termina convencido de que la realidad es bastante simple. Ha sacrificado la profundidad en aras de la anchura, y ha sustituido el desarrollo del conocimiento por su traducción al público masivo. Pero inevitablemente se aplica aquí lo de ‘traductor-traidor’. ¿Pensará él lo mismo? Se le atribuye una función loable, a saber, ilustrar al público general, tejer un puente entre la sensibilidad de masas y la reflexión de los intelectuales. A veces logra, lo admito, adecuar ciertas citas de filósofos como rúbrica en sus comentarios sobre contingencia. Pero siempre queda la sensación de que lo hace como si se tratase de una jugada en un tablero, y que el tablero fuese su propia imagen como intelectual frente a la sociedad. Siempre parece tan razonable, y su elocuencia es capaz de desplegarse en lapsos cada vez más cortos. Ha comprimido el tiempo de la reflexión crítica en el tiempo de una opinión frente a las cámaras. Y así, casi sin darse cuenta, da opiniones sobre todo. Porque se lo consulta acerca de todo, incluso de aquello que probablemente él jamás ha investigado o pensado. Y es tal su hábito de responder, que siempre tiene alguna respuesta frente a cualquier pregunta, y siempre la presenta como si fuese el resultado de una reflexión previa. Y como el hábito hace al monje, él termina creyendo que sabe de todo, cuando en realidad opina de todo, que no es lo mismo. Ciertamente: son opiniones sensatas, algunas más imaginativas que otras, y que tienen la virtud de seducir al auditorio con brochazos de inteligencia retórica. La cuestión es

si esa inteligencia retórica del intelectual de la televisión tiene como fin último la gratificación narcisista del emisor o el estímulo a la reflexión en el auditor.”

Un intelectual-ensayista describe a un intelectual académico

“Francamente, lo admiro. ¡Qué paciencia! Me parece casi inverosímil poder centrar años de trabajo en la exégesis de Hegel, en la interpretación de un diálogo de Platón o en una traducción crítica de la obra de Simmel o Weber. Pero a la hora de opinar sobre la realidad nacional o latinoamericana, resulta tan tosco y poco interesante. En lo que a mí concierne, hace rato dejé la academia. La filosofía no puede seguir apolillándose en las lecturas críticas. Lo que hay que leer críticamente es la realidad y hablar desde las resonancias que esa realidad irradia en nuestras vidas. Volcarse a la calle, conversar, perder el tiempo con los amigos, sufrir las derrotas de otros en carne propia. ¡Y él se toma tan en serio! ¿Cómo perder tanto tiempo en estar al día en la bibliografía, en prevenir errores de interpretación y en construir una metodología ex-ante para luego desarrollar un largo trabajo que muchas veces no termina nunca, y que en el camino se desgasta explicando las inconveniencias de otras metodologías? He visto, entre los académicos, guerras a muerte por motivos que nadie más entendería: peleas porque uno confundió el concepto de simulacro con el de artificio, el de imaginario con el de fantasmático, el de crítica interna con deconstrucción, el de dialéctica con el de dinámica. Hay que ver cómo sudan y se descomponen cuando son malinterpretados o cuando deben confrontar interpretaciones que, a juicio de ellos, no tienen ningún fundamento en los textos. Hasta hablan con cierto tono engolado o flemático, aprendido de sus pares y reconocido como el tono más adecuado para expresar dudas sobre los comentarios de sus pares. Y esa división tajante que hacen entre lo superficial y lo profundo: ¡por favor, qué pedantería platónica, qué letanía frente al mundo de todos los días! Y así se pasan, más preocupados de no pisar una trampa epistemológica que de plantear ideas sugerentes; más ocupados de los archivos de pensadores que de las aventuras del propio pensamiento. Desconfían hasta la médula de la improvisación.”

Un intelectual independiente describe a un intelectual orgánico

“Me resulta difícil creer que a estas alturas en América Latina se pueda pensar que la reflexión intelectual pueda todavía someterse a la

camisa de fuerza del proyecto partidario. La ilusión, tanto utópica como iluminista, de que el intelectual era capaz de descubrir la dirección correcta de la historia y luego encajar su descubrimiento en un programa político, murió con la caída del muro, o mucho antes. Un intelectual orgánico, al viejo estilo, es una contradicción de estos tiempos. Más bien tenemos que invertir el llamado de Marx, y volver a preocuparnos por interpretar un mundo donde las coordenadas ya no son ni el asalto al poder ni la instauración del socialismo. Este intelectual obsesionado con traducir la lectura de la historia a líneas partidarias, o bien con barnizar estas líneas con la interpretación de las grandes contradicciones del momento, debiera aplicar lo que tanto invocó en tiempos pasados: la autocrítica. Es un daño a la autonomía reflexiva del intelectual mantener todavía un cierto ideal de intelectual orgánico. Más positivo parece, desde una postura más independiente y abierta, formular la crítica de la primacía de la razón instrumental en la política, incluido al intelectual orgánico como objeto de esa crítica. La subordinación del pensamiento a los programas de partidos, o incluso a los programas de gobierno, perpetúa una confusión de esferas donde el pensamiento, en su carácter de abierto, se niega a sí mismo. No digo con esto que el intelectual no tenga un lugar en la política, sino que no puede definirse como intelectual a través y sólo a través de ella. En la medida en que persista en esta restricción, su reflexión sobre la cultura, la política y la sociedad estará sesgada desde la partida por el objetivo que pretende reforzar. Esta coacción que él mismo coloca sobre su cabeza para nada tiene la virtud de ‘darle forma al vacío’. A menos que entendamos la forma como conjunto binario de fuerzas negativas y positivas, direcciones correctas e incorrectas, criterios eficaces e ineficaces.”

Un intelectual académico describe a un intelectual ensayista

“Si cree que la investigación rigurosa puede suplirse con algo de literatura y un montón de conjeturas sugerentes, lamento decir que se equivoca. Esos atajos que toma para escribir, y también para pensar, hablan por lo que sus textos no dicen: la falta de metodología y la falta de rigor. Piensa que porque hoy la academia ha sido aislada por los medios de comunicación y en parte por el pragmatismo de la política, puede despedirse del sudor de la investigación y compensarlo con ideas que saca de la nada. Suele proyectar sus propias percepciones y vivencias creyendo que pueden llegar a ser universales, y en lugar de buscar el esfuerzo reflexivo del lector, busca su complicidad. Sin duda, así gana adeptos.

Pero blandos y autoindulgentes, como él. Cambia de tema como de ropa, y se justifica poniéndole a su dispersión el epíteto de la diversidad. Más que pensar temas, los visita y sobrevuela. Más que producir conocimientos, opina. No sería grave si hiciera explícita esta limitación. Pero suele ocultarla u olvidarla. Cuando se queda sin ideas, recurre a la elegancia estilística esperando que ella pueda conducirlo a nuevas ideas. Cita textos a discreción pero nunca da cuenta de la bibliografía ni de las discusiones teóricas que subyacen a estos temas que visita. Se prodiga en metáforas, como si éstas fuesen pertinentes por el solo hecho de ser metáforas. No tiene una posición clara y definida, sino puntos de vista cambiantes según el ánimo, la sensibilidad que adivina en sus lectores o el impacto que estas perspectivas pueden surtir en el auditorio. Se complace con su propia escritura pensando que basta con escribir para pensar. Sus ensayos no son sino eso: tentativas inconclusas cuyo desarrollo esquiva por pereza.”

Un intelectual apocalíptico describe a un intelectual optimista

“¿Con qué base se le ocurre postular que la globalización abre oportunidades de autoafirmación cultural de los grupos oprimidos, crea nichos de inserción para el desarrollo local, promueve un imaginario político democrático a escala mundial? ¿De dónde sacó que la postmodernidad nos libera de la ‘tiranía de las ideologías’ y abre el campo para el desarrollo de las diferencias? ¿Por qué dice que el Internet es la promesa para que todos tengamos voz en el concierto global, y para que todos accedamos con oportunidades a la sociedad de la información? Donde él ve todas estas promesas, yo veo sólo amenazas. La globalización, combinada con la nueva revolución del conocimiento, no ha hecho más que agudizar contrastes sociales dentro y entre los países; dejar a dos tercios de la humanidad fuera de la carreta del progreso; dividir el mundo entre informatizados y desinformatizados; fragmentar social y culturalmente a las sociedades nacionales por efecto de la tan mentada postmodernidad o lo que yo simplemente llamo la crisis de proyectos colectivos; amenazar las identidades locales con la cultura Mac-mundo o Disney-mundo; y generar cada vez más reacciones xenofóbicas y fundamentalistas. A esto cabe sumar el cúmulo de desastres ecológicos y un futuro inquietante en términos de sobrepoblación y agotamiento de recursos naturales. Entonces vuelvo a preguntarme por las raíces de su optimismo. ¿No será que es tan duro el porvenir que reacciona negando? Sin duda es más tentador sobredimensionar los pequeños intersticios de oxígeno antes que reconocer la falta de

oxígeno en las tendencias más gruesas de la globalización. Cree que el neoliberalismo puede mitigarse con pequeños gestos comunitarios y una que otra ONG agitando banderas en Internet. Pero olvida el grado de hegemonía económica, política y cultural que hoy ejerce el neoliberalismo, al punto que ya no necesita siquiera predicarse como ideología, porque el neoliberalismo se ha incorporado en el metabolismo del orden mundial. Nuevamente me pregunto, pues, por su optimismo. Y es ese optimismo, cuyo fondo es la negación de lo dominante, el que lo lleva a volcar toda su energía reflexiva sobre esos intersticios, investigar la casuística —siempre disponible— de las nuevas oportunidades de desarrollo, tomando ingenuamente el caso aislado como embrión de orden futuro. Colecciona, con entusiasmo genuino o simulado, argumentos y ejemplos para mostrar que las nuevas tecnologías pueden surtir un efecto democratizador y pluralista. Pero no tiene cómo contra-argumentar cuando le digo que precisamente esos efectos, acotados y reducidos como son, perpetúan una ilusión que nos hace aceptar un ordenamiento general arbitrario, una racionalización sistémica asfixiante, y una administración eficiente de las desigualdades.”

Un intelectual de la “différence” describe a un intelectual en el gobierno

“Las mediaciones a que ha debido someter su discurso para encajarlo en el relato del realismo político, le han alisado el pensamiento. Consagra formas de saber-poder donde la búsqueda de consensos, aparentemente bienintencionada, trasunta la impronta de la uniformidad. Con una malla retórica que desconoce los pliegues donde habitan las subjetividades-otras, el intelectual en el gobierno invoca equívocamente lo que en realidad es unívoco: la reconversión de la política hacia una negación complaciente de las fisuras del tejido cultural de la sociedad. Su pragmática subsume las referencias teóricas en apologías de la eficiencia y la eficacia. Habla de actores sociales pero allí no hay más que identidades agregadas en grandes conglomerados que se sientan a una mesa de diálogo o a definir políticas de intervención y disciplinamiento, desconociendo precisamente aquellos actores que hoy día resultan más reveladores de la fragmentación social: nuevos movimientos sociales, grupos no representados por el juego partidario o parlamentario, manifestaciones que desde la cultura logran parodiar, con sus prácticas discursivas, la primacía procedimental de la política pública. Y cuando vuelve sobre la teoría, ya habla menos de Bobbio que de Luhmann, menos de Habermas que de Giddens,

cada vez menos de Touraine y no menciona a Bourdieu. Sus lecturas de microfísica del poder (Foucault) o de esquizoanálisis (Deleuze-Guattari) son parte de un pasado remoto que recuerda con simpatía. Pero cuando se trata de dar cuenta de los efectos destructivos del modelo modernizador sobre la memoria inscrita en los cuerpos, saca del ropero a Schumpeter y habla de la ‘destrucción creadora’ del capitalismo y la modernidad. Así, teje una involuntaria —pero efectiva— complicidad con el modelo que borra las voces de sus víctimas. Coloca las concesiones en la balanza de la racionalidad política, y tilda a sus críticos de anacrónicos, resentidos o tontos útiles. Por supuesto, ya hace años cambió el discurso del socialismo por el de la democracia. Luego cambió el de democracia social por el de democracia cultural, más tarde éste por el de democracia política, y cada vez más habla de democracia para referirse a meros procedimientos y a la tan mentada ética de la función pública: idoneidad, transparencia y consenso. Una vez concluido su ciclo como secretario de Estado, se desembarcará probablemente en una consultora internacional donde venderá su expertise de tecno-político con plena solución de continuidad.”

Un intelectual mediático describe a un intelectual de la academia

“¿Cómo puede todavía concebir el saber como un campo de autorreferencia que se reproduce a espaldas de la comunicación general y del espacio público? Es cosa de verlo: sigue convencido de que el saber se preserva y cultiva en los rituales del claustro, en un lenguaje no contaminado por el habla cotidiana; y acude parsimoniosamente al ‘templo’ del conocimiento para hacerse allí un nicho donde habla en difícil y, con suerte, escribe en difícil. La palidez del encierro se le ve en la cara y en el lenguaje. Pasa más tiempo en cuidarse de no incurrir en errores de interpretación de los textos, que en comunicar ideas propias. Juega el juego de las discusiones eruditas y las citas sesudas y confunde el juego con el mundo. Como si el mundo no hubiese cambiado y estuviese desde siempre definido por una relación de hostilidad mutua entre la sensibilidad común y la reflexión teórica. Hasta la voz y los gestos terminan impostados de tanto cuidar lo que dice y proteger su feudo. ¿Olvida, acaso, que Sócrates hacía filosofía en el mercado y tenía al ‘vulgo’ como interlocutor? Hoy ese mercado son los medios de comunicación —¿dónde más podría conversar Sócrates en las postrimerías del siglo XX? ¿Por qué ese desprecio por traducir el pensamiento al lenguaje de los grandes públicos y de la sensibilidad de la gente, si no es para justificar su estrecha vida de académico?

¿No ha oído hablar de la sociedad de la información y de la comunicación? Se actualiza en su especialidad, pero no en las prácticas para difundir lo que en ella cosecha. Esta contradicción no le preocupa sino todo lo contrario: cree que de este modo preserva un tesoro que al menor contacto con el aire de la ciudad se contamina. Su desprecio elitista por el diálogo en los medios tiene algo de anacrónico y de pretencioso. Y tras ese desprecio no es raro que habite un espíritu envidioso, frustrado por el anonimato y la falta de reconocimiento público. No es que rechace sistemáticamente una invitación a la entrevista de prensa o televisión; más aún, si lo hace es sobre todo por timidez o falsa humildad, y cuando acude a la entrevista termina balbuceando torpemente sus ideas, desacostumbrado como está a sintetizar lo que piensa en el espacio de un periódico o el tiempo de un programa en televisión. Y vuelve a la academia reprochándose esta torpeza, pero sobre todo prometiéndose no volver a ponerse en una situación en que el mundo lo banaliza.” □